

en guardia para descubrir el peligro venga de donde viniere y nos manifiesta claramente la tentación. La oración hace que consigamos el triunfo más completo. Si tomamos las precauciones necesarias, nuestros enemigos trabajarán más bien en nuestro favor que para nuestra ruína.

MEDITACIÓN XXXVIII

EL MISMO ASUNTO. (Continuación).—*De una manera especial los obreros evangélicos están expuestos á tres tentaciones análogas á las que sufrió Jesucristo en el desierto.*

- I. Por cuidar demasiado del cuerpo y de su salud.
- II. Por una avidez desmesurada en exhibirse.
- III. Por miras interesadas y por ambición.

PUNTO I

Por cuidar demasiado del cuerpo y de su salud

Viendo el demonio la excesiva hambre que afligía á Jesucristo después de su ayuno tan prolongado le aconsejó que convirtiese las piedras en pan. Si es el Hijo de Dios, tiene potestad de hacer milagros, y en el estado de desfallecimiento en que se encuentra es una verdadera necesidad. De la misma manera el enemigo de las almas tienta á los Sacerdotes: él trata de persuadirlos á fin de que tengan un cuidado excesivo de su salud, no faltándole pretextos para ello, ora infundiéndoles la idea de que es utilísima y puede ser muy necesaria para la gloria de Dios y servicio de la Iglesia, ora por el inmenso bien que puede hacer en el vasto campo que su ardiente celo tiene abierto... ¿No son estas poderosas razones que desde luego le han de instigar á la conservación de su salud como prenda de gran valía?... Y fundándose en tan absurdo principio se lo aplican á sí mismos y comienzan por abandonar completamente toda práctica de mortificación y á procurarse todo aquello que entra en un plan de

vida llena de comodidades y regalos: se procuran un bienestar de vida en todo, se crean mil necesidades; buscan la comodidad en el asiento, el regalo en la mesa y la blandura en el lecho..... y si, debido á las circunstancias, se ven precisados á sufrir alguna privación, ó á soportar alguna cosa, en este caso todo son quejas y lamentos.

¿Acaso esta disciplina enervante podrá considerarse propia para formar con ella un buen apóstol? ¿Es este el ejemplo que nos ha dado Jesucristo? Apenas recibió el Bautismo y la misión que su Padre le hubo dado (1), declarándolo su Hijo y el objeto de todas sus complacencias; cuando se retira á un desierto, guiado allí por el Espíritu Santo: y ¿qué hace allí? Ora y ayuna. Y ¿con qué género de ayuno? ¿No comiendo ni bebiendo absolutamente nada durante cuarenta días! Si toma algún descanso, este es sobre la tierra dura. ¿Fué esto, quizás, otra cosa que enseñarnos que la penitencia y mortificación son de todo punto indispensables para ejercer los diversos cargos de la vida apostólica?

Del mismo modo que hay pecadores por los que debemos hacer penitencia si queremos que se conviertan, así también hay demonios de los cuales no nos veremos libres sino por el ayuno y la oración (2). Es indudable que la prudencia debe regular el uso de las mortificaciones; pero si tenemos en cuenta el ejemplo de Jesucristo y de algunos santos Sacerdotes, veremos que se puede ir muy allá en este camino sin faltar á esta misma prudencia. Sea lo que fuere, jamás hemos de guiarnos por nosotros mismos: sigamos los consejos, no del espíritu de las tinieblas que nos predica la discreción para conducirnos á una vida voluptuosa y sensual, sino del Espíritu de verdad que nos conduce por nuestro director espiritual. Abandonemos esta prudencia carnal que es una verdadera muerte, porque, siendo ella enemiga de

(1) *Hac voce Christus a Deo constitutus est publicus orbis doctor et legislator.* (Corn. a Lap.).

(2) *Hoc autem genus non ejicitur, nisi per orationem et jejunium.* (Matth., XVII, 20.).

Dios, y siguiendo nosotros sus máximas, nos colocamos en la imposibilidad de agradar á Dios (1). Abandonémonos enteramente en los brazos de la divina Providencia. El que atiende á las necesidades de las aves del cielo y de tantos hombres que se sirven de sus beneficios para ofenderle, ¿se olvidará de sus Sacerdotes? Cuanto menos cuidemos de nuestra salud, tanto más velará por ella nuestro Divino Maestro. Jamás olvidemos que una gran mortificación y una ilimitada confianza en Dios son las dos disposiciones más necesarias para los varones apostólicos.

PUNTO II

Por una desmesurada avidez en exhibirse

Esta es la segunda tentación contra la que deben precaverse los Sacerdotes sobre todo cuando comienzan el ejercicio de su sagrado ministerio. Hay quien apenas ha empezado y ya se cree apto para todo. Emprende obras superiores á sus fuerzas. A veces querrá elevar demasiado su vuelo, pero reveses sin cuento serán el castigo de su imprudente presunción. Puede uno muy bien ser llamado al eminente cargo de la salvación de las almas sin que por esto pueda desempeñar todos y cada uno de los deberes que en sí encierra el ministerio sacerdotal. Si Dios, que dispone de vosotros valiéndose para ello de vuestros respectivos superiores, quiere simplemente que enseñéis el catecismo, de ningún modo debéis lanzaros á la predicación: si quiere que dirijáis la divina palabra en una pequeña ermita á unos cuantos campesinos jamás ocupéis las cátedras de las grandes poblaciones..... No os dejéis seducir por las apariencias de un falso celo: nada haréis con seguridad por vosotros mismos en beneficio de las almas, sino en aquel lugar precisamente que Dios os hubiese destinado

(1) *Prudentia carnis mors est... Sapientia carnis inimica est Deo... Qui in carne sunt, Deo placere non possunt* (Rom., VIII 6, 7, 8.)

para ejercer las funciones de vuestro ministerio. Tampoco debéis fiaros de haber accedido de buen grado á ocupar el puesto donde no debierais estar, porque no fué el Espíritu Santo quien á él os condujo, sino el demonio. Jesucristo fué enviado para iluminar al mundo con su divina palabra, y es conducido al desierto donde nadie había de ir á escucharle..... Sin embargo, á todo le llega su tiempo. El usará de insólita solicitud y comenzará su predicación en el momento que se marque la hora en el reloj de los tiempos, sin que la gloria de Dios ni la salud del mundo sufran el menor detrimento por no haber dado principio antes. Hé aquí nuestro modelo. Dedicuémonos con ahinco á las ocupaciones de menor aprecio: limitémonos á los empleos, donde se practiquen las hermosísimas virtudes de la humildad y la caridad: confesar á los pobres, instruir á los niños é ignorantes..... por esto empezaron los principales y más excelentes obreros evangélicos sin que en el ejercicio de tan elevado y sublime ministerio prefiriesen otra ocupación á ésta. Si después somos llamados á desempeñar cargos que nos granjeen la estimación de los hombres, debemos desempeñarlos con resolución firme, no fiándonos jamás de nosotros mismos, sino por el contrario, todo lo hemos de esperar de Dios.

PUNTO III

Por miras de ambición y de interés

En el último esfuerzo que hizo Satanás contra el Hijo de Dios reunió dos tentaciones. Después de haberle llevado sobre el pináculo del templo para que, exhibiéndose, se hiciese admirar por un estupendo prodigio, lo trasladó á la cima de una alta montaña donde le mostró todo lo que el mundo tiene de seductor, esto es, las riquezas y los honores. Le hizo ver las grandezas de la tierra; pero envueltas en el velo de la apariencia y despojadas de toda realidad, *gloriam eorum*, prometiéndole dárselas todas si ca-

yendo de hinojos á sus pies le prestaba adoración: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* Semejantes promesas y tan falaces hace aún todos los días, no solamente á los seculares sino también á los eclesiásticos. ¡Cuántos se dejan deslumbrar por el brillo de las altas dignidades ante cuya presencia y al solo nombre todos los santos han temblado! ¡Cuántos absurdos proyectos les fragua en su exaltada imaginación! Se forjan espléndidos sucesos..... procuran los aplausos y desean á todo trance ser buscados y seguidos, y sus complacencias no son otras que verse atendidos y rodeados de distinciones tan alhagüeñas como vanas y engañosas..... Si llegan á captarse la amistad y simpatía de los grandes y magnates....., si adquieren la confianza de personas ricas y poderosas, entonces..... pero ¿debe fundarse en tanta pequeñez nuestra esperanza? ¿A qué complacencias tan indignas se rebajan algunas veces!

Avergoncémonos si tan humillantes pensamientos nos sugiere el tentador de nuestras almas; pero sin envilecernos, animándonos para esto la consideración de que el doctor de la mentira tuvo la osadía de proponérselos al Maestro de la verdad. Respondámosle con Jesús: «Escrito está: Adorarás al Señor tu Dios, y á El solo servirás.» Sí, solamente á Dios, porque toda otra servidumbre es indigna y denigrante. Procuremos únicamente aquellos bienes y honores que son eternos, y no los que se desvanecen ante la realidad, cual pasajero y fantástico sueño. Conservemos íntegra y pura nuestra libertad y á ser posible acudamos tan sólo á donde nos conduzca la hermosa y santa caridad (1). La ambición conduce al precipicio. ¡Cuántos Sacerdotes encuentran su eterna perdición en las dignidades eclesiásticas! *Quam multis honor occasio exitii fuit!* (2) La primera consecuencia de la ambición y de la concupiscencia es el envilecimiento del carácter sacerdotal. El demonio mismo confir-

(1) *Nemini quidquam debeatis, nisi ut invicem diligatis.* (Rom., XIII, 8.)

(2) S. Aug. *De verbo Dom.* serm. 12.

ma este aserto, como dice San Ireneo, con aquella expresión: *Si cadens.....* Esto es lo mismo que descender de la inconcebible y excelsa dignidad de hijo de Dios á la denigrante y afflictiva esclavitud de Satanás (1); es postrarse ante quien debemos tener á nuestros pies, y cayendo en tan profundo abismo ¿en qué crímenes y desventuras no caerá el infeliz Sacerdote? *Omnium malorum radix cupiditas, ex qua sacrilegia, simonia, et omnium fere malorum cohors, prodiit* (2).

Habiendo Jesucristo salido victorioso de todos los ataques del dragón infernal fué honrado y servido por los ángeles que envió su Padre celestial, trayéndole un exquisito alimento celeste: Dios es igualmente pródigo con sus fieles ministros á quienes estima si están adornados de humildad y desligados de todo lo que sea interés material y atiende socorriéndolos en todas sus necesidades; pero en esta vida no tengamos otras aspiraciones que servir á Dios y ser pobres con Jesucristo y por Jesucristo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Los obreros evangélicos están expuestos á tentaciones análogas á las que sufrió Jesucristo en el desierto por cuidar demasiado del cuerpo y de su salud.* En la excesiva hambre que afligía á Jesús se fundó el demonio para tentarle. No le faltan pretextos para persuadir á los Sacerdotes á fin de que cuiden de la salud. El trata de hacerles creer que la mortificación es muy nociva á su ministerio..... De allí á una vida llena de molicie y de regalo no hay más que un paso. Tan pronto como el divino Salvador recibe su misión, la comienza con el ayuno, pero ¿con qué ayuno? La penitencia es indispensable para el apostolado; la prudencia debe regularla y jamás abandonar sus prácticas. Una gran mortificación y

(1) *Ipse diabolus confitetur..... quoniam voluntatem ejus facere, est cadere a gloria Dei.* (S. Iren., *Advers. hæres.*, l. V, c. XXII.)

(2) Convent. Melodun. an. 1579.

una ilimitada confianza en Dios son las disposiciones más necesarias para el hombre apostólico.

PUNTO SEGUNDO.—*Por una avidez desmesurada en exhibirse.* Desconfiemos mucho de nosotros mismos al haber accedido tan de buen grado á ocupar un puesto donde no debiéramos estar. Jesucristo fué enviado para iluminar al mundo con su predicación, y sin embargo el Espíritu Santo le condujo al desierto. El empezará su predicación tan pronto como llegue la hora en que debe dar comienzo sin que la anticipe ni un momento siquiera; la salud del mundo no sufrirá por esto menoscabo. Aficionémonos á los cargos que el mundo llama bajos y oscuros y permanezcamos gustosos en ellos todo el tiempo que á Dios le plazca.

PUNTO TERCERO.—*Por miras de ambición y de interés.* Estas dos tentaciones armó contra Jesús el enemigo de las almas al hacer su último esfuerzo. ¡Qué promesas tan vanas hace, aun en nuestros días, á algunos infelices eclesiásticos! Respondámosle con nuestro divino Maestro: *Escrito está....* La ambición conduce al precipicio. El desinterés y la humildad son la gloria del sacerdocio.

MEDITACIÓN XXXIX

SEGUNDA DOMÍNICA DE CUARESMA.—*Jesús en el Tabor.—La Transfiguración y la Pasión*

I. Relación que tienen estos dos misterios.

II. Algunos cristianos y Sacerdotes procuran separarlos.

PUNTO I

Los misterios de la Transfiguración y de la Pasión tienen relaciones íntimas entre sí

Jesucristo, en medio de los resplandores de su deífica Transfiguración, habla de su muerte con dos de sus ministros de la Antigua Alianza y en presencia de tres del Nuevo Testamento.

¿Qué puntos de contacto tienen el Tabor y el Cal-

vario? ¿Por qué se han de reunir á la vez cosas al parecer tan opuestas? En el primero de estos dos misterios todo es gloria y delicias para Jesucristo; en el segundo todo oprobios y sufrimientos. En el Tabor su rostro brilla como el Sol y el resplandor que le rodea forma un magnífico manto; en el Calvario se encuentra desnudo, desfigurado y la Sangre cubre sus amoratadas Carnes. Allí el Padre Eterno le proclama su Hijo muy amado; aquí el Hijo se queja del abandono y olvido de su Padre. En el día de hoy sus apóstoles no pueden apartarse de El; el día de su muerte todos le abandonarán.... Con todo eso, estos dos misterios tienen entre sí estrechísimas relaciones y se auxilian mutuamente. Uno nos recuerda la corona que nos está preparada; el otro nos muestra á que precio debe obtenerse. Ambos á la vez nos dicen con extraordinaria elocuencia que mientras vivamos en este valle de lágrimas el placer y el sufrimiento, la gloria y la ignominia han de correr parejas y por lo tanto ni uno ni otro han de separarse de nosotros por mucho tiempo. Ellos moderan nuestra alegría en la prosperidad y nos consuelan en la tribulación abriendo de par en par las puertas á la esperanza. Ellos sobre todo son depositarios de una maravillosa eficacia por medio de la cual nuestros corazones se inflaman y abrasan en el amor divino. Sin la Transfiguración quizás nuestra alma sería menos sensible al considerar los misterios de la Pasión; mas después de abismarnos ante la sublimidad del Hijo de Dios, conocemos muchísimo mejor aquella infinita caridad en virtud de la cual tanto se anonadó, que llegó á descender hasta el último grado de envilecimiento. Si no nos hubiese revelado su gloria ¿podríamos ponderar lo suficiente el supremo Sacrificio que soportó por nosotros no solamente por espacio de unas horas ó unos días, sino durante todo el decurso de su vida?... Según una piadosa opinión bastante generalizada entre los autores de mística, Jesucristo apareció en el Tabor en su estado natural y ordinario; pero solamente dejando salir de su deífico Cuerpo el resplandor celes-

tial que pudiese ser tolerado por ojos mortales, y su Transfiguración no fué un milagro, sino más bien la interrupción momentánea de un milagro de amor sin el cual El no hubiera podido ni humillarse, ni sufrir, ni morir por nosotros. En el Huerto de Jethsemani suspendió el efecto de la visión beatífica para que su alma fuese oprimida y torturada por el tedio, la tristeza y el temor más crueles, y durante toda su vida contrarrestó los efectos de la santa unión hipostática para que su Humanidad pudiese someterse á las humillaciones, á los sufrimientos y á la muerte.

Pero ¿por qué quiso que solamente tres de sus apóstoles presenciasen el admirable espectáculo de la Transfiguración? Para enseñar á sus ministros que deben llevar en esta vida, por lo que hace á los sufrimientos y oprobios, aquello que el mundo llama la peor parte, y que su cáliz es muchísimo más amargo; pero que apesar de todo, si son fieles en perseverar, ellos ocuparán los primeros puestos en su Reino. Tres órdenes de bienaventurados tienen en el Cielo una dignidad especial y una aureola de gloria que los distingue: 1.º aquellos que han vencido al espíritu de la mentira con probar y defender la verdad, como los *doctores*; 2.º los que han triunfado del mundo, como los *mártires*; 3.º los que han sofocado todos los impulsos de la carne obteniendo los más brillantes triunfos, como los *vírgenes*. Los primeros están representados en el Tabor por San Pedro, maestro de la fe por excelencia; los segundos por Santiago que fué el primero entre los apóstoles en confirmar con su sangre la verdad del Evangelio, y los terceros por S. Juan, *cui Christus in cruce matrem virginem virginem commendavit*. Ahora bien; un Sacerdote santo puede adquirir esta triple aureola. El es virgen, pudiéndose de él decir lo que del discípulo amado dijo Jesús: *Virgo est electus a Domino*. También es mártir de la caridad, pues continuamente se inmola por su amada grey: *Martyr semel propter Christum moritur, hic vero multoties propter gregem. Sic Paulus: Quotidie morior propter vestram salu-*

tem, fratres (1). El, por último es doctor: su misión no es otra que disipar las tinieblas de la ignorancia: *Docete*, y si la desempeña con verdadero celo apostólico bien puede aplicarse á sí mismo aquella divina promesa: *Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stellæ in perpetuas æternitates*. Sí, amados Sacerdotes; en las tribulaciones levantad la vista y fijaos en vuestra futura y eterna morada. Alegraos al pensar en la incomparable gloria que os espera y que se acrecentará tan interminable alegría por la felicidad de todos aquellos á cuya salvación habéis fielmente cooperado. Sufrid con paciencia y decid con el apóstol San Pablo: *Non sunt condignæ passionnes hujus temporis ad futuram gloriam quæ revelabitur in nobis*. (2) Representaos con frecuencia en vuestra alma la Transfiguración y la Pasión, el Tabor y el Calvario.

PUNTO II

Algunos cristianos y Sacerdotes procuran separar estos dos misterios

A esta clase pertenecen todos aquellos que viven bajo las ilusiones de una devoción fría y acomodaticia: *Bonum est nos hic esse*. Quieren, como S. Pedro, estar con Jesucristo pero con la condición de vivir en medio de los honores y placeres. ¡Qué quimera! Jesús está en el Tabor un instante y aun allí se ocupa de sus sufrimientos. Su vida entera es una no interrumpida cruz y un martirio prolongado: *Tota vita Christi crux fuit et martyrium*. ¿No se vislumbra una enorme contradicción al pretender que la devoción sea cómoda (devoción equivale á sacrificio), puesto que hay en cierta manera distancia infinita entre esta y los ejemplos y doctrina de Jesucristo? Sus ejemplos nos muestran bien á las claras que la

(1) S. Chrys., hom. 29 in *Epist. ad Rom.*

(2) Rom., VIII, 18.

piEDAD es una inmolación continuada, y su doctrina la hace consistir principalmente en tres cosas que son: renunciarse á sí mismo, tomar cada uno su cruz y seguirle (1). Estas tres frases son un hermosísimo compendio de la doctrina que El vino á enseñar á los hombres. Vivir en la piedad es morir para todos los placeres, para todas las satisfacciones, para sí mismo.... ¿Puede morirse á todo, aun á sí mismo, sin que para esto entre como factor el sufrimiento?

Con todo eso: ¿hay nada más común entre las personas religiosas, aun por desgracia entre aquellos que se hallan por su ministerio más aproximadas al Santuario, que pretender asociar y hacer compatibles la piedad con las riquezas y sus comodidades? «Muchos son los que desean poseer el Reino de Jesucristo; pero pocos los que quieren llevar su cruz.... Abundantísimo es el número de aquellos que pretenden acompañar á Jesucristo en su mesa; más muy escaso el de los que le siguen también en la abstinencia: todos quieren participar de su alegría; pocos son los que sufren con agrado por su amor. La mayoría desea acompañar á Jesús hasta la fracción del pan; exiguo número quiere apurar el cáliz hasta las heces en su Pasión; mucho se admiran sus milagros; casi para nada se tienen en cuenta las ignominias de su Cruz» (2). ¡Cuántos de los Sacerdotes que renuevan todos los días la memoria de un Dios penitente y que expiró por nosotros sobre el leño de la Cruz en el Calvario, cuántos, repito, no hacen casi ninguna penitencia! ¡Cuántos hay que predicán la mortificación haciendo de ella caso omiso en la práctica! Quieren una vida sin trabajos y fatigas en el más laborioso de todos los estados; pretenden el placer estando al servicio de un Dios crucificado!.... Jesucristo, desde el primero hasta el último instante de su vida obró un continuado milagro para poder sufrir y ser objeto de oprobios é ignominias; ellos por el con-

(1) *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tol- lam crucem suam, et sequatur me.* (Matth., XVI, 24.)

(2) *Imit.*, l. II, c. XI.

trario lo harían, si les fuera posible, por alejar de sí todo aquello que se opone á su vida cómoda y voluptuosa ó que pueda herir su desmesurado orgullo!.... ¿Cómo podrán estos tales leer aquellas palabras de S. Pablo: *Si quis Spiritum Christi non habet, hic non est ejus*, (1) sin extremecerse y temblar? Entrad desde ahora con verdadero valor en la senda del sufrimiento y corred animados por el regio camino de la cruz en el que os han precedido todos los hombres apostólicos y todos los santos: *Quid times tollere crucem per quam itur ad regnum? In cruce salus, in cruce vita.... In cruce infusio supernæ suavitatis.... In cruce perfectio sanctitatis. Tolle ergo crucem tuam et sequere Jesum, et ibis in vitam æternam* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Relación íntima que tienen entre sí los misterios de la Transfiguración y la Pasión.*—Uno nos muestra la corona que nos está preparada, y el otro á que precio debemos comprarla. En esta vida mortal las dulzuras y los sinsabores no pueden estar separados mucho tiempo. Sin la Transfiguración no podríamos apreciar todos los sufrimientos de la Pasión. Para conocer mejor los acerbos sacrificios que Jesús ha hecho por nosotros es necesario que nos formemos el verdadero concepto de quien era el paciente. Jesucristo llama á ser testigos de su Transfiguración á los que han de participar la mayor escala de sus oprobios en este mundo y de su gloria en el otro.

PUNTO SEGUNDO.—*Muchos cristianos y Sacerdotes quieren separar estos dos misterios.*—Estos son todos los partidarios de una devoción cómoda. Quieren seguir á Jesucristo; pero por el camino de los honores y placeres. ¿No comprenden que una piedad sin sufrimientos ni sacrificios es una quimera y que se opone diametralmente á la piedad de Jesucristo?

(1) Rom., VIII, 9.

(2) *Imit.*, l. II, c. XII.

¿Qué es lo que El enseñó? ¿Cómo vivió El? La doctrina de Jesucristo se recopila en estas tres cosas: negarse á sí mismo, tomar su cruz y seguirle. Una sola palabra reúne todos sus ejemplos: sufrir. Entremos en el real camino de la cruz y por él caminemos con bríos: en él nos han precedido todos los hombres apostólicos y todos los santos.

MEDITACIÓN XL

TERCER DOMINGO DE CUARESMA. — Erat Jesus eji-
ciens dæmonium, et illud erat mutum.—*El de-
monio mudo.*

- I. Los estragos que este demonio hace en el rebaño de Jesucristo.
- II. Como deben combatirlo los pastores.

PUNTO I

*El demonio mudo hace grandes estragos
en el rebaño de Jesucristo*

En poder de la lengua está la muerte y la vida, dice el Espíritu Santo: *Mors et vita in manu lingue* (1). ¡Qué manantial de vida no se encuentra en el buen uso de la palabra! Pero al mismo tiempo ¿habrá cosa más funesta que el abuso de la misma? Ella es, dice el apóstol Santiago, un mundo entero de iniquidades: *universitas iniquitatis*. El silencio mismo, cuando Dios manda que se hable, ¿no es muchas veces un crimen enorme y causa de grandes desgracias? El demonio mudo es quien impide á los esclavos del respeto humano, que se entreguen resueltamente á aquel Dios á quien sin embargo adoran en el secreto de su corazón; es este demonio el que los impide levantarse contra los desórdenes que ellos presencian y deploran interiormente. Ellos tienen aherrojada la verdad, y no se atreven á pro-

(1) Prov., XVIII, 21.

fesar su fe, ni en aquellas circunstancias en que el silencio resulta ser una especie de apostasía. De este modo la virtud es abandonada al insulto por aquellos mismos que la aman; la impiedad y el libertinaje se acreditan, se envalentonan y son propagados por los que aman la religión y las buenas costumbres; y como no hay nada más contagioso que esta debilidad, cien valerosos cederán por causa del primero que se dejó vencer.

Es el demonio mudo el causante de que muchos hombres de bien vivan alejados de los Sacramentos, sobre todo de la Confesión; mientras que por otra parte cumplen con todas las demás obligaciones del cristiano. Cuando esas personas llegan por fin á someterse á ese deber que el espíritu de la mentira les había pintado con tan falsos colores, entonces son ellos los primeros en maravillarse de haber podido por tanto tiempo poner en peligro su salvación, y de haberse privado de tan dulces consuelos. Es este demonio el que cambia en veneno mortal el remedio más saludable, para esas almas sacrílegas que se dejan persuadir á callar sus culpas.—Mirad á esa persona: ella deseaba descargarse de un peso que la oprimía; se sentía vivamente impulsada á la sinceridad; ya había empezado; una palabra más, alcanzaba el cielo y en la vida presente una paz que sobrepuja todo otro sentimiento: una palabra menos, y merece el infierno, y ya en este mundo el gusano del remordimiento que la roe continuamente. ¿Cuál es, pues, la fuerza oculta que hizo morir en los labios aquella palabra tan necesaria? Es el demonio mudo.

Pero los estragos que él obra en el rebaño de Jesucristo no son nunca tan deplorables como los que hace entre los mismos Pastores. Su gran triunfo es poder encadenar la palabra de los Sacerdotes. El se esfuerza en cerrarles los labios, ó cuando menos en obtener que usen un lenguaje débil y tímido cuando sería necesario hablar con fuerza. ¡Oh Sacerdote! tú le concedes este funesto triunfo cuando descuidas instruir con el catecismo y la predicación